

tando de atenuar los atropellos y crueldades de Barbaroja, impulsados sin duda por el temor que los infundía el tirano; y en general, era tal el pavor que engendraba su impía conducta, que los prelados, sin tener en cuenta que precisamente el romano Pontífice era el más celoso defensor de sus derechos, le aconsejaron que transigiese en todo lo que fuera posible, y vieron con indiferencia la destitución de sus hermanos de Metz y de Verdun, por el delito de haber asistido á un Sinodo convocado por el arzobispo Volkmar. Urbano había anunciado ya su propósito de lanzar el anatema contra el odioso tirano de la Iglesia, á pesar de las instancias que para impedirlo elevaron al Pontífice los veroneses, que tenían la venganza de Barbaroja; pero el 10 de Octubre de 1187 le sorprendió la muerte cerca de Ferrara.

Fué elevado al solio pontificio, el 21 de Noviembre, el canciller cardenal Alberto Mora de Benevento, con el nombre de Gregorio VIII; era hombre de carácter apacible, harto condescendiente, que además, por amistad personal con el Emperador, trató de llegar á un acuerdo con él, para lo cual aconsejó al arzobispo Volkmar que desistiese de adoptar las medidas que proyectaba por la injusticia que se había cometido con él, despojándole de su arzobispado. Entretanto trabajó con empeño para levantar una cruzada, y celebró un Sinodo en Parma; pero le sorprendió la muerte en Pisa el 17 de Diciembre del mismo 1187. Dos días despues fué elevado al solio pontificio Clemente III, ántes Pablo, Cardenal-Obispo de Preneste, oriundo de Roma. Dirigió sus primeros cuidados á la formación de la cruzada, y en 1189 dirimió la contienda electoral de Tréveris, eliminando, de acuerdo con el Emperador, á los dos prelados electos, y designando para dicha Silla al canciller imperial Juan. Logró igualmente llegar á una inteligencia con los romanos, como resultado de la cual quedó restablecida en Roma la soberanía pontificia, y pudo hacer su entrada solemne en la ciudad en medio de las aclamaciones del pueblo.

84. Muerto en Noviembre de 1189 el rey Guillermo II de Sicilia, sin herederos varones y sin haber otorgado testamento, segun el derecho feudal, correspondía la sucesion del reino á la santa Sede; pero el pueblo, temiendo que se apoderase del cetro una dinastía extranjera, colocó sobre el trono á Tancredo de Lecce, descendiente bastardo de los reyes normandos, acto que tuvo lugar en Enero de 1190, y el Papa le otorgó la investidura, no desconociendo el peligro que corría la independencia de la Sede apostólica, si la casa de Hohenstaufen llegaba á unir la Sicilia á sus vastísimos dominios. Pero algunos magnates, envidiosos de la exaltacion de Tancredo, se dirigieron á Enrique VI, hijo de Barbaroja, quien fundando sus pretensiones á la corona de Sicilia en su ma-

trimonio con Constancia, se aprestó inmediatamente á hacer la guerra al nuevo soberano. Emprendida la expedicion recibió la noticia de la muerte de su padre, ocurrida en Palestina, adonde había ido dirigiendo la tercera cruzada; púsose entónces de acuerdo con el romano Pontífice sobre el acto de la coronacion imperial, quedando establecido que se verificase en Roma en la próxima Pascua florida; pero tuvo que aplazarse por la muerte de Clemente III, acaecida el 20 de Marzo de 1191.

Celestino III y Enrique VI.

Le sucedió Celestino III, ántes Jacinto Bobo, oriundo de la casa de Orsini, y Cardenal diácono de la Iglesia romana, que contaba ya 85 años. El 30 de Marzo recibió el orden sacerdotal, el 14 de Abril, día de Pascua, la consagracion episcopal, y al día siguiente impuso la corona imperial á Enrique VI y á su esposa Constancia, despues de prestar los juramentos acostumbrados. Cediendo éste á las reiteradas instancias de los romanos, les entregó la ciudad de Tusculum, que destruyeron aquéllos hasta los cimientos. Enrique, desobedeciendo las exhortaciones del Papa y faltando á su promesa de no atentar á la independencia del reino de Sicilia, tomó el camino de Apulia; pero una enfermedad epidémica que diezmo su ejército y le atacó á él mismo contuvo sus progresos y le obligó á volver sobre sus pasos, al mismo tiempo que su esposa cayó en poder de los salernitanos, que la entregaron á Tancredo. Enrique puso por mediador al Papa, que logró del Monarca siciliano la libertad de Constancia. Pero de regreso en Alemania cometió el avaro y sanguinario Emperador las más atroces crueldades. Quebrantó á capricho el concordato de Worms, compró á unos desalmados para que asesinaran al obispo Alberto de Lieja, que residía temporalmente en Reims, á fin de dar el obispado al preboste Lotario de Bonn, que lo había comprado; influyó en el duque Leopoldo de Austria para que prendiese, cerca de Viena, á Ricardo Corazon de Leon, Rey de Inglaterra, el 21 de Diciembre de 1192, y le encerrase en una prision hasta obtener por él un fuerte rescate; hecho que se llevó á cabo con infraccion de todas las leyes de la nobleza y de la hidalguía, no otorgándole la libertad sino despues de haber pagado un rescate enorme, del que Leopoldo percibió la tercera parte.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 83 Y 84.

Watterich, II. 663-707. Mansi, XXII. 538. Theiner, Cod. diplom. S. Sedis Rom. 1861. I p. 24. Papencordt, p. 278 sig. Reumont, p. 461 sig. Dollinger, II p. 185-187. Paul Scheffer-Boichorst, K. Friedrichs letzter Streit mit der röm. Curie.

Berlin 1866. Cp. sobre esto las investigaciones de Th. Töche y de Winckelmann en la Revista Histórica de Sybel. 1867. tom. 18 p. 1 sigs. Watterich, II. 705-709 c. nota; p. 711 sig. 741 sig. Jaffé, p. 887 sig. Raumer, III. 53 sig. Leo, Vorles. III p. 20. Dollinger, II p. 187 sig. Papencorrit, p. 279 sig. Reumont, II p. 462 sigs. Hefele, p. 673 sigs. Ficker, De Henrici VI. Imp. conatu elect. reg. in imp. R. Germ. successione in hsereditariam mutandi. Bonn. 1849. D. Abel, K. Philipp der Hohenst. Berlin 1852. Th. Töche, De Henr. VI. Normannorum Regnum sibi vindicante. Berol. 1860. y Kaiser Heinrich VI. Leipzig 1867. La Lumia, Storia della Sicilia sotto Guglielmo il Buono. Firenze 1867.

85. El bondadoso Celestino III empleó inútilmente los ruegos y las exhortaciones para evitar este crimen; Enrique VI se hizo sordo á los unos y á las otras. La reina Eleonora, madre de Ricardo, acudió al Pontífice, pidiendo auxilio á aquel « á quien están sometidos todos los Reyes, que por medio de la espada de Pedro podía y debía obtener la libertad de su hijo, » retenido prisionero contra todo derecho de gentes. El Papa amonestó por tres veces al duque, y por fin, en 1193, lanzó la excomunión contra él y contra los que habían tomado parte en el delito. Cuando hubo regresado á Inglaterra, escribió Ricardo al Pontífice pidiéndole que interpusiera de nuevo su mediación, á fin de obtener la devolución del rescate que tan injustamente se le exigiera; Celestino dirigió una moción en este sentido á los dos autores del crimen, y el Emperador entabló efectivamente negociaciones con Ricardo, á fin de convenir la indemnización que debía darle; pero Leopoldo murió en Diciembre de 1194, recibiendo la absolución del Arzobispo de Salzburgo, mediante la promesa formal de dar la debida satisfacción al ofendido.

Celestino III hizo grandes esfuerzos para levantar una cruzada y para normalizar las relaciones de la Santa Sede con el gobierno de Sicilia, haciendo desaparecer las disposiciones que limitaban la libertad de la Iglesia, tocante á apelaciones y al envío de legados, por medio de un nuevo convenio hecho con el rey Tancredo. Por desgracia murió éste en Febrero de 1194, y el Emperador renovó sus tentativas contra la Baja Italia, con resultado más favorable que la vez primera, puesto que casi todas las ciudades ó se le sometieron ó fueron tomadas por la fuerza. Sibila, viuda de Tancredo, tuvo que renunciar á la corona por sí y por su hijo menor Guillermo, recibiendo en compensación el principado de Tarento y el condado de Lecce. Pero no bien hubo asegurado Enrique su soberanía en el territorio conquistado, empezó á cometer horribas crueldades en toda clase de personas, lo mismo seculares que eclesiásticos, á quienes hacía morir en medio de refinados tormentos, con el especioso pretexto de que habían tomado parte en la conjuración; mandó sacar los ojos al príncipe Guillermo, encerrar en una prision de

Alsacia á la madre y á la hermana del inocente niño, abrir y profanar el sepulcro de Tancredo, arrancar enormes sumas de dinero á los infelices habitantes, y, por medio de sus funcionarios, cometió inauditos atropellos, en tanto que él trató de engañar al Pontífice con seductoras promesas, haciéndole ver que se ocupaba en la preparación de una cruzada. Celestino le escribió el 27 de Abril de 1195, diciéndole que si bien le amaba como á hijo y como á Emperador, no había querido dirigirle su apostólica palabra durante algun tiempo, esperando que se aclarasen los hechos, pues temía que sus servidores hubiesen ejecutado por orden suya los crímenes de que se les acusaba; mas puesto que, segun sus escritos y las explicas declaraciones de sus embajadores, quería mantener paz con la Iglesia y procurar la exaltación del reino de Dios, había resuelto enviarle dos Cardenales experimentados para que negociase con ellos las bases de un acuerdo. Enrique los recibió con señales de amistad; mostróles los preparativos que había hecho para la cruzada, no sin deplorar que no le fuera posible tomar parte en ella por impedírselo las atenciones de la gobernación del Imperio. En efecto; preocupábase no poco el plan de convertir Alemania en monarquía hereditaria y de extender luego su soberanía á toda la Italia, al Imperio bizantino y á Siria, por más que únicamente lograrse de los Príncipes que reconociesen como sucesor á su hijo Federico, que sólo contaba algunos meses. Valiéndose de una parte de las tropas destinadas á la cruzada cometió entónces nuevos é inauditos atropellos, de que fueron principalmente víctimas los habitantes de la provincia de Nápoles. Pero en medio de esta odiosa faena le sorprendió la muerte en Mesina el 28 de Setiembre de 1197 á los 32 años de edad, dejando un nombre aborrecido y el dictado de Cruel que le ha dado la historia. No se le concedió sepultura eclesiástica sino bajo la condición de que se devolvería la suma exigida por su rescate al rey Ricardo. Poco despues le siguió á la tumba Celestino III, que falleció el 8 de Enero de 1198 á la edad de 92 años.

De esta manera la Providencia arrebató del teatro de la vida, en el trascurso de pocos meses, á los dos jefes supremos del mundo cristiano en una época en que la Iglesia corría los mayores peligros. El nonagenario y bondadoso Celestino hubiera sido impotente para contener la devastadora marcha del jóven Emperador, que, educado en la escuela de la violencia y del terror, no reparaba en los medios que debían conducirle al logro de sus immoderados deseos; para lo cual contaba además con el apoyo de sus dos animosos hermanos: los duques Conrado de Suabia y Felipe de Tuscia. Ya no se respetaba la autoridad del Pontífice, ni en el dominio espiritual ni en el temporal; la primera había quedado harto quebrantada por la prohibición de apelar á la Santa Sede y de